

PASOLINI VIAJERO

VICENTE MOLINA FOIX

“Trabajo todo el día como un monje/ y por la noche doy vueltas, como un gato viejo/ en busca de amor... Voy a proponer/ a la Curia que me haga santo”. En junio de 1962, cuando fecha estos versos pertenecientes a su libro *Poesía en forma de rosa* (traducción de Juan Antonio Méndez), Pier Paolo Pasolini ya está plenamente dentro del cine, en el que venía colaborando como argumentista, guionista y actor ocasional desde 1954. Tras su primera película propia, *Accattone* (1961), dirige al año siguiente *Mamma Roma* y el episodio ‘La ricotta’, perteneciente al film colectivo de episodios *RoGoPaG*, continuando ya de modo regular su carrera de cineasta hasta la prematura muerte en 1975, sin abandonar nunca la escritura poética, teatral, narrativa y ensayística. Gran aventurero nocturno pero también metódico y prolífico trabajador, Pasolini fue asimismo un constante viajero, en su niñez obligado por los desplazamientos militares de su padre y desde la adolescencia volviendo una y otra vez al Friuli materno y abandonándolo, hasta su marcha definitiva en 1950: “Huí con mi madre y una maleta y algunas joyas que resultaron ser falsas,/ en un tren lento como un mercancías,/ por la llanura friulana cubierta con un manto de nieve delgado y duro./ ¡Vamos hacia Roma!/ Habíamos abandonado a mi padre/ junto a una estufita de pobres,/ con su viejo abrigo militar,/ sus iras horribles de cirrótico y sus síndromes paranoicos”.

Instalado en Roma, Pasolini nunca alejó de su cabeza las figuras, los paisajes y hasta la lengua de aquella tierra familiar del noreste italiano; en su obra, y sobre todo en su cine, pervive una nostalgia iconográfica y oral de lo arcaico, de

lo pobre, de lo desvanecido, que se trasluce en esta declaración de otro poema del mismo libro citado: “Yo soy una fuerza del pasado./ Sólo en la tradición está mi amor./ Vengo desde las ruina, desde las iglesias,/ los retablos de altar, desde los pueblos/ abandonados sobre los Apeninos o los Prealpes/ donde vivieron mis hermanos”.

Italia no contiene su inquietud de viajero, su ansia de salir de sí mismo y buscarse en los otros; India, Sudán, Kenia, Nigeria, Egipto, Ghana, Israel y Jordania (viaje este último que da pie al documental *Sopralluoghi in Palestina*) son algunos de los países visitados en los 60, a los que seguirán en los primeros años de la siguiente década, última de su vida, Marruecos, Uganda, Yemen o Tanzania, donde realiza sus *Appunti per un'Orestiade africana*. Pero no sólo el Oriente y África le atraían. Pasolini tuvo el proyecto de un poema en imágenes cinematográficas sobre el Tercer Mundo, que le habría llevado con su cámara también a Sudamérica y a los ghettos negros de los Estados Unidos; sólo filmó, incompleta, la parte africana, si bien en 1966, cuando viaja por vez primera a Norteamérica, Nueva York le produce un formidable impacto: “Nunca me había enamorado así de un país. Sólo de África, tal vez. Pero a África yo quisiera ir para quedarme, para no matarme. Sí, África es como una droga que tomas para no matarte. Nueva York, en cambio, es una guerra a la que vas para matarte”.

Pasolini fue, por tanto, muchos viajeros, casi tantos como ‘pasolinis’ hubo repartidos entre el teatro, el cine, la poesía o el panfleto periodístico. El de *Larga carretera de arena*, su breve y magnífico libro ahora editado en español (La Fábrica Editorial, Madrid, 2007, traduc-

ción de Olvido García Valdés), es el paseante de incógnito, más que el indagador, aunque en todos los textos del escritor, no sólo en los de viaje, es fácil advertir el profundo ‘dépaysement’ reflejado en estos versos finales de otro poema de *Poesía en forma de rosa*: “Y yo, feto adulto, doy vueltas y revueltas,/ más moderno que todos los modernos/ buscando hermanos que ya no existen”.

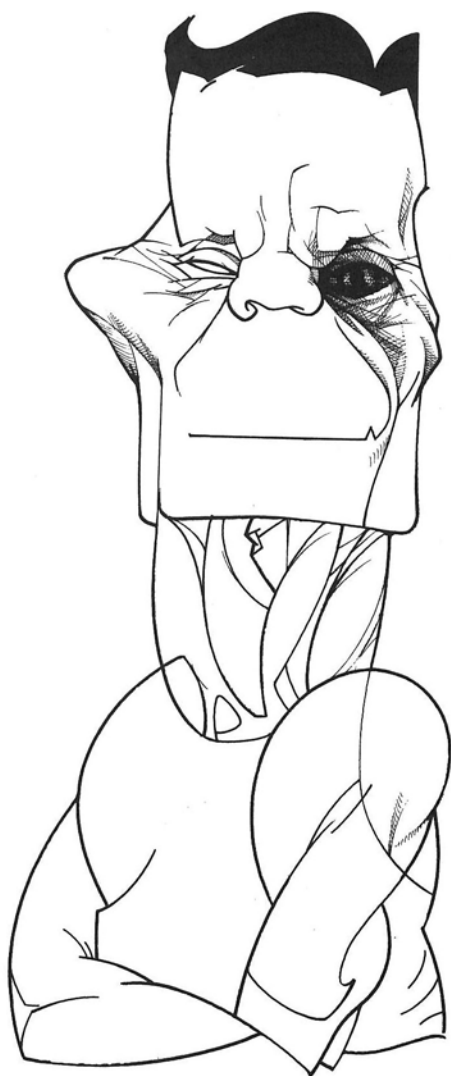
Larga carretera de agua tiene una historia más larga que su contenido, apenas cincuenta páginas escritas por Pier Paolo a modo de diario que, en la bonita edición de La Fábrica, acompañada de fotos, preámbulo, apéndices y facsímiles del manuscrito, dan para un libro de casi doscientas. Esa historia comienza un día de 1959 cuando el entonces únicamente literato y aún no cineasta recibe de la revista popular *Successo* el encargo de relatar un viaje por las costas italianas, emprendido desde el sur al norte al volante de su pequeño Fiat 1100, siguiendo el itinerario y la idea original de un fotógrafo de prensa, Paolo di Paolo, autor de las fotografías que ilustraron los reportajes. Cuarenta años después de aquel recorrido costero, y cuando Pasolini ya lleva veinticinco años muerto, en el 2001, el fotógrafo francés Philippe Séclier rehace el viaje del 59 tomando fotos de los mismos lugares entonces descritos por el escritor, y, embarcado también en un viaje obsesivo más allá de los lugares precisos y las palabras, inicia una investigación que le es milagrosamente favorable: conoce a comienzos del 2005 en París a Graziella Chiarocci, prima de Pier Paolo, le cuenta su viaje conmemorativo, y ella acaba por confiarle el original mecanografiado, así como dos páginas escritas a mano por el

poeta. Revisando todo el material, Séclier descubre que la revista cortó considerablemente el texto pasoliniano, que él restituye, completando su pesquisa con una labor de hemeroteca (muy útil para localizar ciertos episodios conflictivos del relato) y otro encuentro afortunado, el del propio Paolo di Paolo, que le recibe en Roma y le muestra placas originales y otros documentos de aquel reportaje, así como una foto de un hombre de espaldas frente al mar de Génova. El único retrato que di Paolo tomó de Pasolini durante el trayecto.

Como se puede ver, el Pasolini viajero no eludía ser un Pasolini reportero; después de este encargo de *Successo*, el poeta hizo entre diciembre de 1960 y enero de 1961 otro viaje, éste a la India, en compañía de Alberto Moravia y su mujer Elsa Morante, incorporada más tarde. Fue una ocasión literariamente productiva, aunque no exenta de amigable polémica entre los dos amigos varones: Moravia escribiría después su propia *Un'idea dell'India*, y Pasolini, tras haber publicado sus cuadernos de viaje en *Il Giorno*, los sacaría en forma de libro bajo el título *L'odore dell'India* (1962); se trata, en mi opinión, de uno de los mejores ensayos del autor, enormemente revelador, en su brevedad, de numerosas facetas de aquel fascinante país. En 1966, comisionado por la revista italiana *El Europeo*, Pier Paolo refleja también por escrito sus impresiones norteamericanas, ilustrando aquel nuevo viaje el fotógrafo Duillo Pallottelli, a quien se deben unas memorables imágenes del encuentro del escritor italiano con el legendario fotógrafo Richard Avedon.

“Estoy solo. Solo, y llevo a dar una vuelta a mis dos ojos, más ingenuos y contentos de lo que hubiera

creído”. Así escribe en Ischia Pasolini, cuando lleva un mes de recorrido automovilístico desde que, en junio de 1959, inicia en Ventimiglia, junto a la frontera francesa, el periplo que daría pie a los artículos de *Successo*. Los ojos del viajero no paran de dar vueltas, pero tampoco son tan ingenuos como él pretende. En San Remo, los *croupiers* del casino hacen girar la ruleta y rastrillan las fichas por el tapiz verde como augures autóctonos: “Se ve que piensan en sanremés, mientras en francés, con crueldad anónima, anuncian las fases del juego: algo así debían de ser los guardianes de los campos de concentración, cuando entre ellos –habilitados esbirros– y las víctimas se establecía una especie de amor”. Mirada descarada o incorrecta, inoportuna a veces, a los lugares y gentes vistos, y en cada parada, en cada página, brotes de maravillosa audacia poemática, como cuando en Rapallo, ante la orquestina de un bar de estilo Liberty, habla de “el fuego sagrado de las noches estivales que no han tenido su Proust”, o describe, al final de lo que él mismo llama un largo *traveling* por el muelle de Lerici, a una muchachita sentada en una roca: “una *lolita*: lleva un bañador raro, gris metálico, algo sucio, o al menos descolorido por el sol, que la cubre entera salvo el seno, apenas apuntado, y los hombros; parece un bañador de la abuela, pero, aunque pobre y reformado, de una extrema elegancia. Ella es una chiquilla del pueblo, pero casi dan miedo sus precoces catorce años. Así transcurre la primera adolescencia de una Manon: exhibiéndose, incitante, popular, inocente y ya pérfida, ya consciente no del bien, sino del mal que hay en sus pechos que apenas apuntan, en sus cabellos rubios todavía de niña”.



Pier Paolo Pasolini

Bajando por la cornisa del mar de Liguria, Pasolini se queda encantado con Livorno, la ciudad natal de Amedeo Modigliani, que le parece un lugar de “gente dura, poco sentimental; con agudeza hebrea, con buenas maneras toscanas, con despreocupación americanizante”. El escritor recorre su paseo marítimo “lleno de chicos y marineros”, y decide que Livorno es “la ciudad de Italia donde, después de Roma y Ferrara, más me gustaría vivir”. También hay un pasaje extenso sobre Capri, con una excursión detallada a la famosa Gruta Azul, al final de la cual el escritor resume muy atinadamente la sensación que hoy, al cabo de los años, sigue produciendo ese supercomercializado y asombroso punto turístico: “Una vez dentro, todo es a la vez una desilusión y un descubrimiento: nada es tan hermoso como se espera, y todo es más hermoso de lo que se espera”. Hay a continuación unas entusiasmadas anotaciones sobre Nápoles y la costa amalfitana, en las que Pasolini se muestra de acuerdo con su antecesor Boccaccio, quien dijo que era la más hermosa del mundo, añadiendo

do el autor de *Teorema*: “Fenómeno único en el mundo, aquí la belleza produce directamente riqueza. La gente vive en una especie de bienestar sosegado, dejando que la belleza trabaje por ellos”. ¿Todavía hoy? Son páginas, me temo, anteriores a la fétida diseminación napolitana de la Camorra.

Como no podía ser menos tratándose del relato de un gran escrutador de rostros, *Larga carretera de arena* contiene estupendos retratos en esbozo, tanto de pescadores o camareros como de figurones entrevistados; destacan entre estos últimos el de Roberto Rosellini, con “su nariz y su boca, hinchadas, animales, iluminadas por la sensualidad, su rostro de frailote pío”, y el encuentro en Ischia con Luchino Visconti, muy jactancioso ante su joven amigo de haber descubierto ese pequeño paraíso marítimo: “¡Vengo desde hace catorce años!”. Sorprende por otro lado (sólo un poco: los artículos estaban destinados a un público lector de semanario) que el conocido depredador sexual no comparezca nunca en los episodios descritos, algunos muy movidos; en Venecia, Pasolini cita

al pintor Santomaso en sus quejas sobre la falta de vida nocturna en la ciudad lagunar (y eso sí que no ha cambiado en cincuenta años), y sólo en una ocasión, precisamente tras pasear por el puerto de Ischia, histórico centro en el siglo xx del más refinado turismo homosexual, hay un enigmático apunte entre un listado de impresiones rápidas: “Michele (3000 liras)”.

El viaje y el libro acaban en Trieste, pero no el recuento de las peripecias. Pasolini, siempre descarnado en su honradez, refleja en un capítulo de *Larga carretera de arena* el encuentro con unos campesinos del pueblo de Cutro, en Calabria, sin omitir lo que les escucha acerca de crímenes y chantajes, añadiendo el escritor sus propias reflexiones sobre la “forma alegre, chillona” en la que la *omertà* impone el terror en ese “país de los bandidos”. Al publicarse en *Successo* el reportaje en cuestión, la prensa calabresa y sobre todo la alcaldía de Cutro protestaron airadamente, en una exhibición de “susceptibilidad meridional, incultura, patriotismo calabrés, orgullo, restos de retórica fascista [mezclados] con las disputas municipales, con la antigua rivalidad entre el norte y el sur, con la agresión política a la izquierda, característica de aquellos años”, en palabras de la actriz Laura Betti, íntima amiga y albacea de Pasolini. Un apéndice de la edición recoge esas incidencias y la carta que Pasolini escribió al director de *Paese Sera*; otro ejemplo de la vivacidad incansable, lúcida, incómoda, de este agujoneador que nunca se estuvo quieto en ningún sitio. ■

Vicente Molina Foix es escritor. Autor de la novela *El abrecartas* y el ensayo *Tintoretto y los escritores*.